El regalo

Gabriel Zapata

Image not found.

Capítulo 1

Lauren se acomodó en la primera silla que vio. La sala de espera del aeropuerto contenía no más de diez personas y en el lugar sobraban los asientos. El frío metal de la silla tocó su codo derecho y recordó que la próxima vez escribiría una nota que le recordaría incluir en su maleta la bufanda que mamá Julia le había tejido para su cumpleaños número 14. Aunque sus colores eran horribles era una pieza cálida y confortable. Sin embargo, la bufanda la dejó olvidada en la navidad pasada en la silla de un restaurante.

En la pared de enfrente, una televisión ancha y delgada mostraba una película en blanco y negro. El volumen estaba muy bajo y era imposible escuchar los diálogos. Sin embargo, aquella película no aportaría nada a Lauren ya que su italiano no era bastante malo.

Lauren miró la pantalla de su celular y notó que aún tenía que esperar dos horas. ¿Qué se supone que haría en aquel tiempo? Su celular no le daría ningún tipo de entretenimiento ya que carecía de videojuegos o aplicaciones los cuales usaría para perder la realidad y evadir el lento paso del tiempo. Había caminado por las tiendas del aeropuerto una vez que aceptaron sus papeles y tenía el boleto de sólo ida. También admiró las revistas y los libros de bolsillo que encontró en una de las tiendas. Las revistas eran recopilaciones de las visiones de vidas falsas de la sociedad. Como lo es la moda, las casas lujosas o los famosos cuyo único talento es ser atractivo o atractiva. Lauren, por su parte, era atractiva según su madre. Había heredado los ojos color avellana de ella y la nariz europea de su padre. Su cabello era liso y abundante. Detestaba aquellas revistas. Por otra parte, los libros de bolsillo no eran otra cosa que novelas de thrillers baratos y empalagosas historias románticas. La lista de cosas para no olvidar se alargaría. Esta vez escribiría sobre incluir algún buen libro en su bolso. Aunque no sea una lectora constante.

La película de la televisión vio su fin cuando una pareja de ancianos caminaba por un campo. Los créditos llegaron después, arrastrándose desde debajo de la pantalla dejando ver nombres y cargos fílmicos en letras tan pequeñas que hasta una mosca necesitaría anteojos para leerlos.

Lauren regresó a la pantalla de su celular. Sólo había transcurrido cuatro minutos desde que llegó a sentarse. Miró a las demás personas. Algunos leían, otros comían y otros se limitaban a mirar el lustroso suelo.

Un hombre cruzó ante su vista. Se sentó a dos sillas de Lauren y depositó una pequeña maleta en el suelo. En una mano temblorosa llevaba una caja envuelta de un brillante papel verde el cual dejó caer en el asiento vacío entre ellos. Pensó entonces que aquel hombre podría ser

su abuelo. Las canas grisáceas y el arrugado cuello delataban su avanzada edad.

—Hola, *buongiorno* —dijo el hombre, su italiano era para Lauren más que perfecto. Aunque ese hola fue dicho con total naturalidad. Lauren pensó por un momento su respuesta.

—Buen día —dijo por fin. Si aquel viejo arrugase más la frente le respondería en italiano. Al menos lo intentaría.

—Ah, habla español.

—Sí —dijo Lauren, una sonrisa se dibujó en su boca. Era la primera sonrisa desde hace mucho ya que todo fue estrés para ella desde el momento que se salió de la cama en aquella casa de estudiantes. Silvia aún dormía en su cama, arriba de Lauren. No quería levantarse. No quería abandonar a su compañera de cuarto quien se había convertido en su mejor amiga. ¿Cuándo la vería de nuevo? No sabía. Lo único que comprendía era la presión y la nostalgia que llegaba de a poco. Como un tren en la lejanía.

—¿A dónde se va, *signorina*? —le dijo el hombre.

—De vuelta a casa, a Málaga.

—Oh, yo soy también de España. Bueno, bueno, nací ahí, hace muchos siglos.

—¿Siglos? —replicó Lauren, quien se cruzó de brazos por mero instinto.

—Claro, jugué ajedrez con Cervantes y acompañé a Colón a conquistar tierras.

—Vaya.

El viejo suspiró y después preguntó:

—¿Dijo que es de Málaga?

—Sí. ¿Usted es de ahí?

—No, yo nací en Granada. Creo que no está muy lejos de su ciudad.

—No, no lo está.

Lauren dio por terminada la plática con aquel viejo. Este había extraído de su maleta una botella de agua y bebió su contenido restante. Lauren

deseó beber algo. Recordó el vino y una bebida de limones que le habían hecho probar en un restaurante. Silvia dijo que los italianos tienen vino en vez de sangre. Lauren creyó que sí.

Aquel viejo habló de nuevo.

—Soy Francisco. Francisco De León.

—Yo soy Lauren —dijo ella. No supo por qué había omitido su apellido, pero igual lo escuchó en su cabeza.

No hubo apretón de mano, ni beso doble en la mejilla. Lauren había permanecido todo el tiempo de brazos cruzados.

—Mucho gusto. Al parecer tomaremos el mismo avión.

El viejo mostró una sonrisa de dientes perfectos. Lauren creyó que eran falsos.

—Yo me voy a las 2 —dijo Lauren.

—Ah, mire, yo también.

Una voz surgió de alguna parte del techo.

Passeggeri con numero di biglietto 3572, vai a la porta 6.

El mismo mensaje se repitió, pero traducido al inglés.

—Vaya —dijo Francisco—, creo que la espera será larga.

—Ni que lo diga —contestó Lauren. Un impulso de mirar su celular surgió, pero se contuvo ya que no quería enterarse de la hora.

—Olvidé comprar mi periódico —dijo el hombre— ¿Podría cuidar de mis cosas mientras voy a la tienda?

—No se preocupe, no me iré a ningún lado.

—Prometo no tardar nad...

Francisco De León se llevó una mano a su pecho. Una máscara de dolor surgió de su caral haciendo que apretase la mandíbula. Se fue deslizando en su asiento de a poco, perdiendo el control de sus extremidades.

Lauren, por puro instinto, le preguntó al hombre si se encontraba bien. Un gemido corto se escuchó y Francisco cayó al suelo.

—¡Ayuda! —gritó Lauren. Las personas en asientos más cercanos giraron sus cabezas. Parecía que no sabían lo que significaba aquella palabra, pero igual entendieron su mensaje. Una mujer y su hijo adolescente corriendo hacia Lauren la cual ya se encontraba en el suelo.

—Señor, señor, señor —se limitaba a decir, siempre sacudiéndolo.

—*Cosa ti è successo?* —dijo la señora.

Un hombre de barba apareció y dijo algo más en italiano que Lauren no comprendió. El hombre se puso de rodillas y comenzó a oprimir el pecho del señor. El cuerpo del anciano se sacudía. Sus ojos, sin embargo, nunca se cerraron.

—*Chiama un'ambulanza* —dijo el hombre de barba. Lauren supo lo que era aquella última palabra. Sin embargo, antes de tomar su teléfono, una mujer policía llegó corriendo y dijo que la ambulancia estaba en camino. El hijo de aquella señora había corrido en busca de ayuda.

—*Signorina, cosa è su...*

—No italiano, soy de España —dijo Lauren. No tenía tiempo de recordar palabras en otro idioma, como si su mente se hubiese cambiado a modo neutral. Todo lo que aprendió con Silvia, todo lo que escuchó y pudo decir, se perdieron en los recuerdos.

—¿Qué pasó? —Dijo la policía en un español fluido.

Lauren le contó.

Minutos después, eternos para ella, llegaron dos hombres arrastrando una camilla. Las personas que se habían reunido se hicieron a un lado. Todos mostrando caras serias.

Declararon muerto al señor Francisco De León. Los esfuerzos del hombre de barba no sirvieron de nada y el viejo estaba ya muerto incluso antes de que Lauren gritase por ayuda.

Se llevaron al hombre a la ambulancia. Ambos paramédicos caminaron con lentitud y cuidado. Lauren vio cómo la gente se lamentaba y la miraba. Como si ella fuese la culpable, pero eso sólo fue producto de su imaginación. Todos regresaron a sus asientos. Incluso Lauren. Se sentó y miró su celular. Aún quedaba mucho tiempo de espera.

En la pantalla de la televisión surgió una nueva película. Era como la anterior, en blanco y negro. La escena mostraba a dos niños jugando en un lago. Uno de ellos comenzó a ahogarse y el otro observó como su amigo se hundía. El niño sacudió los brazos mientras el agua amortiguaba sus palabras. El otro niño tomó una cuerda y la lanzó al lago, pero era demasiado corta.

Lauren decidió que lo mejor sería ir al baño. Se lavarían la cara y compraría una golosina. Cómo deseaba tener su reproductor de música con ella. Se lo había obsequiado a Silvia, hace unas horas, cuando se despedía de ella. Silvia se enamoró de la música en español y pensó que

aquella recopilación de Lauren en su reproductor era más que perfecto.

Giró la cabeza a la derecha y la caja de aquel hombre estaba todavía ahí. Se habían llevado su equipaje, pero no aquella caja.

Lauren la tomó. Estaba dispuesta a correr para alcanzar a la ambulancia, pero había transcurrido mucho tiempo desde el incidente.

Lo depositó en sus rodillas. El papel verde le recordó a la navidad. Lauren leyó entonces la etiqueta que estaba pegada a un lado. Era un rectángulo blanco con una breve nota escrita a mano.

Para Laurie.

Te quiere, mamá Julia.

Lauren rasgó el papel verde para después apartar la tapa de la caja. Una bufanda purpura se encontraba enroscada en el interior. La tomó con ambas manos y sintió su calidez, su suavidad. La cruzó por su cuello y se recostó en su asiento. Miró el techo, oscuro y frío. Cerró los ojos y continuó esperando su hora de partida.